

EDITORIAL

CRISIS Y PATOLOGÍA

Cuando, en nuestra vida profesional, alguien no directamente relacionado con nuestra actividad nos ha preguntado acerca de cómo está el sector avícola, en tanto que en algún caso —los menos— hemos podido contestar que "bien, en general", en otros —la mayoría— hemos tenido que manifestar nuestra preocupación, por un motivo u otro.

Y esto último es lo que nos ocurre actualmente ya que, aunque en apariencia los precios de nuestros productos se mantienen —lo cual es, por desgracia, motivo para el pesimismo en muchas ocasiones—, creemos que hay motivos sobrados para preocuparse. No obstante, a diferencia de las diferentes "crisis" que hemos ido sobrellevando a lo largo del tiempo —en materia de alimentación, por la falta de soja, de tipo mediático, por las dioxinas belgas o las salmonelas, etc.—, ahora lo que nos preocupa es la que, en general, padece el país, pese a que a alguno de nuestros gobernantes le asuste la palabra como si fuese el "coco" con el que se aterrorizaba a los críos en otros tiempos.

La verdad es que con el barril de petróleo batiendo récords ascendentes día tras día, el precio de los alimentos por las nubes, suspensiones de pagos multimillonarias —de euros, no de las viejas pesetas—, caída de la construcción y de la venta de automóviles, inflación en ascenso e hipotecas en el mismo camino, la pregunta es: ¿puede el sector avícola y todos los relacionados con él manifestar algo de optimismo?. La contestación, creemos, a la fuerza habría de ser negativa.

Aunque sin meternos a comentar todo este complejo panorama, sobre el que muy "sesudos" economistas y políticos —de aquí y de allí, pues no se piense que el tema se circunscribe a España— no logran ponerse de acuerdo, sí queremos indicar que nuestro sector no es ajeno a todo ello y que, como actividad económica que es, de una forma u otra resultará afectado por esta especie de desbarajuste —y no creemos equivocarnos con este calificativo— de la economía mundial.

Un ejemplo de ello lo tenemos ya sobre la mesa, como consecuencia del aumento de coste de la vida: la mayor presión de las reivindicaciones salariales y, concretamente en nuestro sector, la amenaza de huelga que se plantea para el próximo setiembre por la falta de acuerdo en la negociación del convenio colectivo de las granjas, tema sobre el que informamos con detalle en la sección de noticias de este mismo número. Y aunque en el momento de cerrar este comentario —a mediados de julio— el tema aun se ha de discutir en una última reunión a fin de este mes entre las Asociaciones patronales y la parte sindical, y, a falta de acuerdo entre las partes, el tema pase por

la preceptiva mediación del SIMA, mucho nos tememos que al final la amenaza se cumpla, con los consiguientes perjuicios para todos.

Pero en fin, sin alargarnos más sobre el tema, sobre cuya resolución ya informaremos próximamente, no podemos menos que referirnos a la dedicación de este número a la patología que, en sí, también tiene su implicación en las "crisis" de nuestro sector. ¿O es que nadie recuerda la hecatombe que hubo en el país ante la irrupción de la Newcastle a mediados del pasado siglo o la posterior Marek/leucosis de los años 60, sobre la cual precisamente insertamos un artículo en este número?. Es que, en el fondo, como se recordará por un anuncio de no hace mucho que nos decía que "la salmonela no duerme", nosotros ampliaríamos el concepto diciendo que ni esta bacteria lo hace, ni tampoco ningún otro organismo de los que pueden afectar a nuestras aves, sea virus, parásito u hongo.

Esto justifica, pues, que por medio de la dedicación de este número a la patología aviar, abordemos una serie de temas que, si bien no nos van a dar una imagen completa de ésta, al menos sí nos pueden hacer pensar en esta vigilancia continua que es obligada en las granjas. Y algo muy importante: hoy, conociendo los problemas que nos pueden venir por esta banda, sabemos también los medios para atajarlos, desde lo que hay que hacer preceptivamente por bioseguridad o higiene, hasta lo referente a aquellas enfermedades que tienen un efecto inmunosupresor sobre las defensas de nuestras aves. Pues bien, sobre ambos aspectos creemos del máximo interés otra buena parte del material de este número, con especial hincapié en el primer artículo, cuyas observaciones, de aplicarse a fondo, no sólo nos ayudarían a controlar las salmonelas sino, de forma automática, la inmensa mayoría de los agentes patógenos que pueden irrumpir en las granjas. Porque, en el fondo, es de suponer que nadie pone en duda aquello tan viejo de que "prevenir es mejor que curar"...

